

la apoyo sobre el muslo y dió la orden de entrar en la ciudad, la que cruzó con todo su ejército yendo a alojarse en el palacio de los Médicis, que de antemano le había sido preparado.

Al día siguiente comenzaron las negociaciones, pero se hallaron muy distantes de llegar a una avenencia. Los florentinos habían recibido a Carlos VIII como a huésped, y éste había entrado como vencedor. De modo que, al hablar los diputados de la *Señoría* de ratificar el tratado de Pedro de Médicis, el rey les respondió que, habiendo sido derrocado por ellos el que lo había hecho, el tratado no existía; que Florencia era conquista suya, como lo probaba el haber entrado en ella el día antes lanza en mano; que se reservaba la soberanía sobre ella, y decidiría en todo según tuviera a bien, comunicándoles si se decidía por la restauración de los Médicis o si delegaba su autoridad en la *Señoría*, y que, por lo demás, solamente debían volver al día siguiente para que les diera por escrito su ultimátum.

Esta respuesta consternó a la magnífica República, pero no por eso dejaron los florentinos de afirmarse más en su resolución de defenderse. Por su parte, el rey de Francia quedó asombrado de la extraña población de la ciudad, porque no solamente las calles por donde había pasado, sino todas las casas, desde las azoteas a los respiraderos de los sótanos, estaban rebosantes de gente. Florencia en aquella época podría tener unas ciento cincuenta mil almas.

El día siguiente, a la hora convenida, los diputados fueron a ver a Carlos VIII; cuando se hallaron ante él, volvieron a comenzar las discusiones. Finalmente, vista la imposibilidad de entenderse, el secretario real, que estaba de pie en las gradas del trono ocupado por el rey de Francia, desplegó un papel y comenzó a leer, artículo por artículo, las condiciones de Carlos VIII. Pero, apenas se había llegado a la tercera parte de la lectura, la discusión volvió a continuar con más ardor que antes; el rey dijo que así sería o daría orden de hacer tocar sus trompetas, y entonces, Pedro Capponi, secretario de la República, llamado el Escipión de Florencia, arrancando de manos del secretario real la capitulación vergonzosa que proponía, y haciéndola pedazos, exclamó:

—¡Pues bien, Sire, haced que suenen vuestras trompetas, nosotros haremos sonar nuestras campanas!

Y después de haber tirado los trozos de papel a la cara del lector estupefacto, abandonó el salón para dar la orden terrible que iba a convertir a Florencia en campo de batalla.

Lo atrevido de esta respuesta salvó a la ciudad, pues los franceses creyeron que, para hablar tan alto, y a ellos que con ningún obstáculo habían tropezado todavía, era menester que los florentinos tuvieran recursos ignorados, pero ciertos. Los pocos hombres de prudencia que conservaban algún influjo sobre el rey, le aconsejaron que moderara sus pretensiones, y entonces Carlos VIII presentó unas condiciones más razonables, que fueron aceptadas y firmadas por las partes, las cuales se publicaron el día 26 de noviembre durante la misa en la catedral de Santa María de las Flores.

Las nuevas condiciones eran las siguientes:

La *Señoría* debía pagar al rey de Francia, a título de subvención y en tres plazos, la suma de ciento veinte mil florines.

La *Señoría* levantaría el embargo que sobre los bienes de los Médicis pesaba, y anularía el decreto por el cual se ponía precio a la cabeza de cada uno de ellos.

La *Señoría* se comprometía a otorgar el perdón de sus ofensas a los habitantes de Pisa, mediante su vuelta bajo la obediencia de los florentinos.

Y, finalmente, la *Señoría* se obligaba a reconocer los derechos del duque de Milán sobre Sarzano y Pietra Santa, cuyos derechos, una vez reconocidos, serían apreciados y juzgados por árbitros.

Por su parte, Carlos VIII se comprometía a restituir las fortalezas que se le habían consignado, ya cuando se hubiese apoderado de la ciudad de Nápoles, o cuando se diese por terminada la guerra por una paz o por una tregua de dos años, o cuando, por cualquier motivo, saliera de Italia.

Dos días después de esta proclamación, y con mucho contento por parte de la *Señoría*, el rey de Francia salió de Florencia y se adelantó hacia Roma por el camino de Poggibondi y Siena.

Alejandro VI comenzaba a compartir el terror gene-

ral: había tenido noticia de las matanzas de Fivizzano, de la Lunigiana y de Immola; sabía que las fortalezas de la Toscana habían sido entregadas a Carlos VIII por Pedro de Médicis, que Florencia se había rendido, y que Catalina Sforza había tratado con el vencedor; veía repasar, desalentados, los restos del ejército napolitano a través de Roma, para ir a reorganizarse en los Abruzzos, de suerte que se hallaba sin defensa frente a un enemigo que avanzaba hacia él, teniendo toda la Romaña de un mar al otro, y marchando en una sola línea desde Piombino hasta Ancona.

Precisamente en ese momento recibía el papa la respuesta de Bayaceto: su tardanza obedecía a haber sido detenidos el enviado pontificio y el embajador napolitano en Sinigaglia por Juan de la Rovère, hermano del cardenal Julián, en el momento en que pusieron el pie en tierra. La respuesta que del sultán Bayaceto traían era que, encontrándose en aquel momento preocupado con una triple guerra, una con el soldán de Egipto, otra con el rey de Hungría, y la tercera con los griegos de Macedonia y del Epiro, se veía completamente imposibilitado de poder ayudar, no obstante su gran deseo, a Su Santidad, con sus armas. Acompañaba a los enviados un favorito del sultán el cual era portador de una carta particular para Alejandro VI, en la que Bayaceto le ofrecía, bajo ciertas condiciones, ayudarle con su dinero. A pesar de que los enviados se vieron detenidos, como hemos dicho, el favorito del sultán no tardó en encontrar un medio para hacer llegar su despacho al papa; lo reproducimos en toda su ingenuidad:

«El sultán Bayaceto, hijo de Mahomed II, por la gracia de Dios emperador de Asia y de Europa, al padre de la cristiandad, Alejandro VI, pontífice de Roma y papa por la Providencia celeste: Después de saludarle conforme es nuestro deber, participamos a Su Grandeza, por mediación de su enviado Jorge Bucciarda, que hemos sabido su convalecencia, lo cual nos ha causado grande alegría y consuelo; además, entre otras cosas, habiéndonos referido el dicho Bucciarda que el rey de Francia, que marchaba contra Su Grandeza, manifestaba el deseo de apoderarse de nuestro hermano Gien, que está bajo vuestra custodia, cosa que no solamente sería contra nuestra voluntad, sino de la que se seguiría gran daño para Vuestra

Grandeza y para toda la cristiandad, hemos reflexionado sobre ello con vuestro amigo Jorge, encontrando un medio excelente para el reposo, para la utilidad, para el honor de Vuestro Poder, y al mismo tiempo para nuestra satisfacción personal; sería conveniente que nuestro hermano Gien, que, como hombre que es, está sujeto a la muerte, falleciera lo más pronto posible, en vista de que esa muerte, que, en su posición sería una dicha, ha de ser de suma utilidad a Vuestro Poder, grandemente cómoda para vuestro reposo, así como agradabilísima para mí, que soy vuestro amigo; que si esta proposición, como espero, la acogiera Vuestra Grandeza, en su deseo de agradarnos, más conveniente sería para vuestro bien y satisfacción nuestra, que eso fuera más bien pronto que más tarde, y por el modo más seguro que os pluguiera emplear, que mi dicho hermano Gien pasara de las angustias de este mundo a otro mejor y más tranquilo, en el que por fin encontrase el descanso; y si este proyecto es adoptado por Vuestra Grandeza y nos envía el cuerpo de nuestro hermano, Nos, el abajo firmado, Bayaceto, nos obligamos a entregar a Vuestra Grandeza, en el punto y a la persona que más le plazca, la suma de trescientos mil ducados, con cuya suma podría comprar alguna hermosa propiedad a sus hijos, y a fin de que esa compra resultase más fácil, consentiríamos, en tanto ocurría el suceso, en entregar esos trescientos mil ducados en manos de un tercero, para que Vuestra Grandeza tuviera la seguridad de recibirlos en un día fijo y mediante entrega del cuerpo de nuestro hermano. Además, y para su mayor satisfacción, prometo a Vuestra Grandeza que, mientras ocupe el trono pontificio, ningún daño sufrirán los cristianos, cualquiera que sea su calidad o condición, ni por mar, ni por tierra, por ninguno de los míos ni de mis servidores, ni de mis compatriotas, y para la mayor seguridad y satisfacción de Vuestra Grandeza y a fin de que no pueda abrigar ninguna duda sobre el cumplimiento de las cosas que le prometo, yo he jurado y afirmado, ante vuestro enviado Bucciarda, por el verdadero Dios que nosotros adoramos y sobre nuestros Evangelios, que todo cuanto he ofrecido a Vuestra Grandeza será observado punto por punto; y al objeto de que vuestro ánimo no conserve la menor duda de cuanto llevo dicho y esté de nuevo íntima y profundamente convencido, yo,

el abajo firmado, sultán Bayaceto, juro por el creador de los cielos y de la tierra, así como de todo lo que en ellos está, juro, digo, por el único Dios en que creemos y al que adoramos, observar religiosamente todo lo que dejamos expuesto, y no hacer ni emprender nada en lo futuro contra Vuestra Grandeza.

«Escrito en nuestro palacio de Constantinopla el día 12 de septiembre de 1494 del nacimiento de Cristo.»

Grande fué la alegría que esta carta causó al Santo Padre; un socorro de cuatro o cinco mil turcos, dadas las circunstancias por que atravesaba, era ya insuficiente, y únicamente podía comprometer más aún al jefe de la cristiandad, mientras que una suma de trescientos mil ducados, casi un millón de francos, era agradable recibirla en cualquiera circunstancia. Es cierto que, mientras viviera Gien, Alejandro cobraría una renta de ciento ochenta mil francos, que en renta vitalicia representaba un capital de unos dos millones; pero, cuando se necesita dinero, es preciso saber hacer un sacrificio en el descuento. De todos modos, Alejandro no tomó ninguna resolución, pues estaba decidido a obrar según las circunstancias.

Pero lo que más urgía decidir era la conducta que debía adoptar respecto del rey de Francia: el papa no había creído en las victorias de los franceses en Italia, y, conforme hemos visto, había fundado la futura grandeza de su familia en su alianza con la casa de Aragón. Pero he aquí que la casa de Aragón estaba bamboleándose y que un volcán, aún más terrible que el Vesubio, amenazaba devorar a Nápoles. Era necesario cambiar de política y arrimarse nuevamente al vencedor; pero esto no era muy fácil, pues Carlos VIII guardaba profundo rencor al papa por haberle negado la investidura que había concedido a los aragoneses.

Sin embargo, envió al rey de Francia el cardenal Piccolomini.

De momento no pareció muy acertada esta elección, en vista de que el embajador era sobrino del papa Pío II, que había combatido encarnizadamente a la casa de Anjou; pero Alejandro VI, al obrar así, tenía una segunda intención imposible de penetrar a los que le rodeaban. En efecto, había adivinado que Carlos VIII se resistiría a recibir a su enviado, y que, en las conferencias que susci-

taria esta repugnancia, Piccolomini se vería relacionado con los hombres que dirigían las acciones del joven rey que eran Briçonnet y Felipe de Luxemburgo. Ahora bien, Piccolomini estaba autorizado para prometerles a ambos el capelo, y, conforme lo había previsto el papa, en la imposibilidad de obtener de Carlos VIII una audiencia, el enviado de Alejandro VI tuvo que conferenciar con los que le rodeaban. Eso era, precisamente, lo que deseaba el papa. Piccolomini regresó a Roma con la negativa del rey, pero llevó la palabra de Briçonnet y Felipe de Luxemburgo de que se empeñarían con todo su poder para que Carlos VIII recibiese otra embajada.

Entretanto, los franceses seguían en su avance sin detenerse nunca más de cuarenta y ocho horas en cada ciudad; de modo que a cada momento se hacía más urgente decidir alguna cosa con Carlos VIII. El rey había entrado en Siena y en Viterbo sin haber desenvainado la espada; Ives d'Alègre y Luis de Ligny se hicieron cargo de la plaza de Ostia de manos de Colonna; Civitavecchia y Corneto se entregaron al monarca francés; los Orsini se habían sometido y, finalmente, Juan Sforza, yerno del papa, declaró que se retiraba de la alianza aragonesa. Alejandro juzgó llegado el momento de abandonar a su aliado, y envió a los obispos de Concordia, de Terni y a monseñor Graziano, su confesor, para que tratara con Carlos VIII. Los tres habían recibido el encargo de renovar a Briçonnet y a Felipe de Luxemburgo la promesa de la púrpura, y llevaban amplios poderes para negociar en nombre de su señor, tanto en el caso de que el rey de Francia quisiera incluir a Alfonso II en el tratado como en el de que no quisiera firmar cosa alguna sino con el papa. Estos delegados encontraron a Carlos VIII vacilando entre las insinuaciones de Julián de la Rovère, el cual, testigo de la simonía del papa, insistió ante el rey para que convocase un concilio e hiciera derrocar al jefe de la Iglesia, y la oculta protección que los obispos de Mans y de Saint-Malo le concedían; de suerte que el rey, resuelto a tomar por sí mismo consejo de las circunstancias, y sin decidirse aún a nada prosiguió su marcha, y volvió a enviar al papa sus embajadores haciéndoles acompañar por el mariscal de Gié, el senescal de Beaucuire y Juan de Gannay, primer presidente del Par-

lamento de París, el cual llevaba el encargo de decir al Pontífice:

1.º Que el rey, ante todo, quería ser admitido en Roma sin resistencia de ninguna clase; que, mediante esa admisión voluntaria, franca y leal, los privilegios de la Iglesia y la autoridad del Santo Padre serían respetados.

2.º Que el rey deseaba se le hiciera entrega de la persona de Gien con el fin de hacer de él un arma contra el sultán cuando llevase la guerra, ya a Macedonia, ya a Turquía, ya a Tierra Santa.

3.º Que en cuanto a las demás condiciones, era tan poca su importancia, que quedarían zanjadas en la primera conferencia que se celebrase.

Los embajadores añadieron que el ejército francés se hallaba ya sólo a dos jornadas de Roma, y que dentro de dos días, probablemente, iría el mismo Carlos VIII a pedir la respuesta a Su Santidad.

Era inútil contar con negociaciones tratándose de un príncipe que obraba de un modo tan expeditivo. El papa hizo decir a Fernando que, en interés de su propia seguridad, saliese cuanto antes de Roma; pero el duque de Calabria no quiso atenerse a razones y declaró que sólo saldría por una puerta cuando Carlos VIII entrara por la otra. Después de todo, su estancia no fué larga. Al cabo de dos días, y aproximadamente a las once de la mañana, un centinela que estaba de vigía en lo alto del castillo de Sant'Angelo, donde se había retirado el papa, dió el aviso de que en el horizonte aparecía la vanguardia del enemigo: inmediatamente Alejandro y el duque de Calabria subieron a la azotea que domina la fortaleza y pudieron comprobar que el soldado no se había engañado. Entonces fué cuando Fernando montó a caballo y, conforme había dicho, salió por la puerta de San Sebastián, en el mismo instante en que la vanguardia francesa llegaba y se detenía a quinientos pasos de la puerta del Pópolo. Era el 31 de diciembre de 1494.

A las tres de la tarde, cuando todo el ejército hubo llegado, la vanguardia reanudó la marcha a tambor batiente y con banderas desplegadas. Este ejército se componía de suizos y de alemanes, con sus ropajes cortos, ceñidos y de distintos colores; iban armados con espadas cortas y aceradas, como las que antiguamente usaban

los romanos, y llevaban lanzas de madera de fresno de diez pies de largo, de moharra angosta y aguzada: sólo una cuarta parte usaba, en lugar de lanza, alabardas con el hierro cortado en forma de hacha y que terminaban en una punta con cuatro ángulos. Con estas armas herían tanto de filo como de punta. La primera fila de cada batallón llevaba la cabeza y el pecho cubiertos con cascos y corazas, de suerte que, al entrar los soldados en batalla, presentaban al enemigo una triple fila de puntas de hierro que se alzaban o se bajaban como las púas de un puerco espín. A cada millar de soldados acompañaba una compañía de cien fusileros; los jefes, para diferenciarse de sus soldados, llevaban unos plumeros altos sobre el casco.

A la infantería suiza, seguían los ballesteros gascones: sumaban cinco mil; su traje era sumamente sencillo y contrastaba con el rico uniforme de los suizos, entre los cuales el más pequeño les llevaba la cabeza; por lo demás, eran excelentes soldados, valientes y sumamente ligeros, reputados sobre todo por la prontitud con que tendían y tiraban sus ballestas de hierro.

A continuación venía la caballería, es decir, lo más escogido de la nobleza francesa, con sus cascos y collarines dorados, con sus sobrevestas de terciopelo y de seda, con sus espadas, cada una de las cuales tenía un nombre, con sus escudos, que cada uno representaba un señorío, y, finalmente, con sus colores, significando cada uno una pasión. Además de esas armas defensivas, cada jinete empuñaba, como los hombres de armas italianos, una lanza de sólida y estriada punta, y en el arzón de la silla una maza de armas tallada en cascos o guarnecida de puntas. Montaban caballos grandes y vigorosos que carecían de cola y de orejas, según el uso francés. Esos caballos, al contrario de los que usaban los hombres de armas italianos, no llevaban caparazones de cuero cocido, lo que los exponía más a los golpes. A cada jinete seguían tres caballos, el primero de los cuales era montado por un paje, armado como él, y los otros dos por escuderos, a los que se llamaba auxiliares laterales, por combatir, en la refriega, a la derecha y a la izquierda de su jefe. Esa tropa, no solamente era la más magnífica, sino también la más considerable del ejército, porque, teniendo en cuenta que eran dos mil quinientos caballeros, seguidos cada uno de tres

servidores, formaban un total de diez mil hombres.

Cinco mil hombres de caballería ligera les seguían, armados de grandes arcos de madera, que, como los arqueros ingleses, lanzaban a lo lejos largas flechas. Eran sumamente útiles en las batallas, porque, dirigiéndose rápidamente a donde el socorro hacía falta, en un momento podían volar de un ala a otra, de la retaguardia a la vanguardia, y, luego, una vez agotadas sus aljabas, salir nuevamente a galope, sin que la infantería ni la caballería gruesa pudiera perseguirlos. Sus armas defensivas consistían en sus cascots y una media coraza; algunos llevaban, además, una lanza corta para clavar en tierra al enemigo caído; todos iban cubiertos con largas capas adornadas con herretes y placas de plata, en medio de las cuales brillaban los blasones de sus jefes.

Cerrando la marcha venía la escolta del joven rey: cuatrocientos arqueros, de los que cien escoceses formaban la hilera, mientras cien caballeros, escogidos entre los más ilustres, iban a pie, al lado del príncipe, llevando sobre los hombros pesadas mazas de armas. Carlos VIII, en medio de tan brillante escolta, avanzaba, cubierto, lo mismo que su caballo, con una espléndida armadura; a su derecha y a su izquierda iban el cardenal Ascanio Sforza, hermano del duque de Milán, y el cardenal Julián de la Rovère, del que tanto hemos hablado, y que más tarde fué papa con el nombre de Julio II. A continuación seguían los cardenales Colonna y Saveri y detrás de ellos Próspero y Fabricio Colonna, así como todos los príncipes y generales italianos que se habían unido a la fortuna del vencedor, y marchaban mezclados con los grandes señores de Francia.

Largo rato hacía que la multitud agolpada para ver aquellos soldados tan nuevos y extraños para ella, escuchaba con inquietud un ruido sordo que se iba aproximando por momentos y parecía el retumbar del trueno: pronto pareció que la tierra temblaba, los vidrios de las ventanas vibraron, y detrás de la escolta del rey viéronse saltar sobre sus cureñas treinta y seis cañones de bronce, que avanzaban arrastrados cada uno por seis caballos vigorosos. Esos cañones tenían ocho pies de largo; y como la boca era bastante ancha para que un hombre pudiera meter la

cabeza, se calculó que cada una de esas terribles máquinas, que los italianos apenas conocían, debía pesar unas seis mil libras. Después de los cañones, seguían las culebrinas, de diez y seis pies de largo, y los falconetes, de los cuales los más pequeños lanzaban balas del grosor de una granada. Esta formidable artillería cerraba la marcha formando la retaguardia del ejército francés. Cuando ésta llegó a la ciudad, la cabeza de la columna hacía seis horas que había penetrado, y como era ya de noche y de cada seis artilleros había uno que llevaba una antorcha, esta iluminación daba a los objetos que alumbraba un carácter más sombrío aún que el que le hubiera dado la luz del sol. Carlos VIII se alojó en el palacio de Venecia, teniendo toda esa artillería apuntada hacia la plaza y las calles circunvecinas. El resto del ejército desparramóse por toda la ciudad.

Aquella misma noche fueron llevadas a Carlos VIII, más para hacerle honor que para tranquilizarle respecto a su seguridad, las llaves de Roma y las de la puerta del jardín del Belvedere. Por lo demás, del mismo modo se había procedido con el duque de Calabria.

El papa, conforme hemos dicho, habíase retirado al castillo de Sant'Angelo sólo con seis cardenales, de suerte que, desde el día siguiente de su llegada, el joven rey encontróse rodeado de una corte mucho más brillante que la del jefe de la Iglesia. Entonces púsose nuevamente sobre el tapete la convocación de un concilio, que, al declarar a Alejandro convicto de simonía, procediese a depounerlo. Mas, como los principales consejeros del rey habían sido ganados por el papa, hicieron notar que el momento en que se preparaban a marchar contra los infieles era mal escogido para provocar un nuevo cisma en la Iglesia y como esa era la opinión íntima del rey, fácilmente pudieron convencerlo, y se decidió que se trataría con Su Santidad.

Sin embargo, poco faltó para que las negociaciones, apenas comenzadas, se rompieran, porque la primera cosa que pidió Carlos VIII fué la entrega del castillo de Sant'Angelo; mientras que el papa, viendo en esta fortaleza su única seguridad, por su parte, era la última cosa que quería conceder. Dos veces, en su impaciencia juvenil, quiso Carlos VIII tomar por la fuerza lo que de